

EXPERIENCIAS RECIENTES DE REVITALIZACIÓN LINGÜÍSTICA EN LA VENEZUELA INDÍGENA

**Esteban Emilio Mosonyi
Jorge Pocaterra González
Caracas, 16 de febrero de 2004
Ponencia a ser presentada en el
Fórum Universal de las Culturas
Cataluña, España
(del 20 al 23 de mayo 2004)**

I

En relación con los diagnósticos y estudios que se vienen haciendo a partir de las décadas finales del siglo XX, los movimientos indígenas de los distintos continentes junto a los grupos de opinión que actuamos como aliados de su causa hemos desarrollado dos tipos de reacción de índole complementaria, sin dejar de ser contradictoria en cierto modo. Por un lado, nos sentimos enormemente agradecidos por esta preocupación tan reciente frente al peligro que significa la desaparición posiblemente masiva y violenta de la gran mayoría de los idiomas actualmente hablados, sobre todo los minoritarios; muy diferente de la indolencia y complicidad ampliamente prevalentes en épocas anteriores, cuando todavía se filosofaba sobre la maldición de Babel y la necesidad de que el acervo lingüístico se redujera a un grupo minúsculo de idiomas, tal vez a uno solo. En otras palabras, hemos sentido un gran alivio al percatarnos de que ya no estábamos solos en nuestra inmensa inquietud ante el destino incierto de tantas lenguas amenazadas y las no menos numerosas culturas que ellas comportan.

Sin embargo, los diagnósticos como tales y las predicciones que de allí emanaban no hacían más que acrecentar nuestra angustia y la sensación de impotencia que desde tiempo atrás nos embargaba. Cifras más cifras menos, todas estas constataciones tienden a llevarnos a conclusiones similares, casi idénticas. De los millares de lenguas hoy existentes apenas sobrevivirá una pequeña parte al culminar el siglo XXI o tal vez XXII cuando mucho; y muy probablemente ya para mediados del tercer milenio sólo existirán algunos de los idiomas dominantes y aún ellos lucharán por un espacio tal vez reservado para uno solo, que podría ser el inglés según la opinión mayoritaria. En efecto, van surgiendo voces agoreras para las cuales el mismo castellano tendrá que luchar tenazmente ya desde ahora, si no por la supervivencia en términos absolutos, por su vigencia política, social e institucional en los espacios configurativos de un poder transnacional que aparece cada vez más hegemónico. Si bien el presente escrito no tiene como meta ocuparse de los idiomas fuertes, merece la pena, no obstante, dedicarle siquiera un párrafo a ese curioso fenómeno.

El castellano —no queremos decir español, porque la politeia llamada España es plural y multilingüe— va cediendo terreno al inglés en ámbitos tan importantes como el económico, científico y hasta político, a pesar del número de Estados soberanos que lo tienen como idioma oficial y la cantidad creciente de sus hablantes nativos (cf. Mosonyi, 2001). Sólo para restringirnos a nuestra experiencia personal, los artículos científicos de mayor pretensión académica y con expectativas de lograr una difusión mundial aparecen en porcentaje creciente escritos en idioma inglés, aun cuando muchos autores posean todavía un dominio limitado de ese idioma. Esto es particularmente cierto en las ciencias llamadas “duras”. A esta afirmación podría replicársele que una potencia tan importante como los

Estados Unidos se está hispanizando rápidamente a consecuencia de una amplia migración latinoamericana. Pero cuidado si se trata más bien de una ilusión. Los hijos y sobre todo los nietos de los hispanos suelen ser malos hablantes del idioma de Cervantes; mientras tanto lo que se fomenta entre algunos creadores culturales es más bien el spanglish, que a su vez refleja la transición generacional del castellano originario a un inglés tal vez matizado de hispanismos. Sea como fuere, el inglés estadounidense es muy reacio a la aceptación de cualquier competencia y dispone de recursos para neutralizar el desafío de todo competidor que represente algún peligro para su hegemonía. En otros términos, la cultura de raíz hispánica sigue siendo por ahora una configuración bastante inestable en los Estados Unidos, si bien esa situación podría cambiar por obra de algunos factores hoy apenas previsibles, cuyo tratamiento no nos compete en el presente ensayo.

Pero volvamos ahora al tema que nos interesa enfocar: los idiomas de los pueblos indígenas de Venezuela en el contexto de los sistemas lingüísticos amenazados en toda la extensión del planeta (cf. Mosonyi *et al*, 2003), miles de los cuales por fortuna sobreviven, si bien en condiciones bastante precarias. Habría muchas maneras de abordar esta temática, pero preferimos basarnos en un coloquio reciente que sostuvimos con algunas comunidades indígenas del Estado Zulia, en la región occidental de Venezuela. Allí llamamos la atención sobre el hecho de que en la actualidad estamos enfrascados en una segunda etapa de nuestra larga lucha colectiva por la supervivencia histórica de los pueblos indígenas de Venezuela y ¿por qué no? de toda América y de otros continentes. Queremos concretarnos, en lo esencial, al caso venezolano no por sus características supuestamente distintivas frente al conjunto planetario, sino porque se trata de la realidad sobre la cual poseemos una

experiencia relativamente abundante, muy inmediata y hasta vivencial. Continuando la conversación que sostuvimos con los representantes indígenas, expusimos —y todos estaban de acuerdo en lo básico— que ya en nuestro país hemos logrado ganar la batalla por la supervivencia y permanencia futura de los pueblos indios con sus identidades propias. Gracias a una importante labor organizativa desde adentro, a la que se le suman las grandes conquistas constitucionales, legales y prácticas que han obtenido estos pueblos y comunidades sobre todo a partir del presente régimen, nadie podría pronosticar con un mínimo de realismo que dentro de algunas generaciones ya no habrá más wayuu, warao, pumé, kariña, pemón, piaroa, yanomami y tantos otros pueblos indios pequeños pero sólidos.

Nadie discute la existencia de graves problemas de salud, pobreza, tenencia de la tierra, violación de los derechos humanos, educación precaria e inadecuada, y tantísimos otros que no se acaban a fuerza de decretos ni por la implantación paulatina de políticas más respetuosas, eficientes y autogestionarias. En el mejor de los casos, el cumplimiento parcial de las reivindicaciones indígenas de nuestro país se llevará todavía algunos decenios que ojalá se pudieran acortar en alguna medida. Pero lo que deseamos poner de manifiesto en este instante es el hecho fundamental, irrefutable y al parecer irreversible de que estos pueblos seguirán existiendo en forma indefinida, es decir sin estar sujetos a la amenaza permanente de la extinción física o identitaria. En lo personal no albergamos duda alguna de que para fines del presente siglo, y aun mucho más allá, los wayuu, yekuana y tantos otros pueblos indios, treinta y seis en la actualidad, continuarán existiendo como colectivos legalmente constituidos, socialmente vigentes y depositarios de una especificidad cultural

claramente distinguible de sus vecinos criollos más mestizados y occidentalizados, sin dejar de poseer raíces indígenas.

El problema, entonces, ya no consiste en el peligro inmediato que se cierne sobre las entidades étnicas originarias que han subsistido, sin duda exitosamente, por más de cinco siglos de conquista, colonia y vida republicana homogeneizante. La mayoría de estos pequeños pueblos sin duda sobrevivirá, en nuestro país y en otras latitudes. Al decir que sobrevivirán, queremos dar por sobreentendido que también conservarán un grado apreciable de originalidad cultural, si bien nunca o casi nunca la cultura ancestral como tal. Serán culturas modificadas pero con un sello de identidad peculiar. Pero es aquí donde se introduce la otra disyuntiva. ¿Qué idioma o idiomas hablarán estos pueblos neoindios o, para ampliar el campo problemático, estas pequeñas entidades identitarias colectivas que se hubieren salvado ante la tosca aplanadora de una globalización salvajemente uniformadora? Aquí es donde entra uno de los puntos que más nos interesa dilucidar en el presente trabajo, cuya rotulación podría resumirse en la forma siguiente: ¿Hablarán estos pueblos reivindicados cada uno en su propio idioma o serán forzados a plegarse a algún idioma mayoritario como el inglés, el castellano o el ruso?

En el presente momento está claro que muchos entendidos en la materia, aun quienes creen en la supervivencia étnica a secas, dudan profundamente acerca de la posibilidad de que estas sociedades conserven también sus idiomas distintivos, al menos en buen estado. Es, en efecto, relativamente fácil concebirnos una serie de pueblos indígenas y similares de la postmodernidad hablando todos alguna de las lenguas mayoritarias. Pareciera, por lo menos a simple vista, que las lenguas sucumben más rápidamente que las identidades. En la

reunión aludida que tuve con los maestros indígenas me referí entonces a lo que se configura como el segundo gran desafío de la revitalización étnica a través del mundo: la reversión de la tendencia a la extinción masiva de los idiomas amenazados, preferiblemente en todos los países y continentes. Podemos asegurar que hoy por hoy en Venezuela estamos comenzando a vivir un interesante proceso de revitalización y recuperación de diversos idiomas originarios vulnerables, algunos de ellos al borde de la desaparición.

II

Es tiempo, ahora, de volver la mirada a una serie de experiencias exitosas que se están gestando en Venezuela, y que sirven de testimonio irrefutable a un alto grado de reversibilidad de la extinción lingüística, que hasta hace muy poco se creía ineluctable. En realidad, cabría la posibilidad de referirnos, en una u otra forma, a cada una de las treinta y seis lenguas amerindias que constituyen nuestro patrimonio según los datos del último censo indígena correspondiente al año 2002. Pero dado el espacio disponible y la necesidad de focalizar algunos datos y resultados prominentes, nos limitaremos a unos casos muy especiales, dignos de ser compartidos con una audiencia mundial. Sintetizaremos, entonces, lo referente a los siguientes idiomas: caribe costeño, añú, kariña, pueblos arawak del Río Negro, mapoyo y yavarana. Posteriormente ofreceremos unas conclusiones generales donde entrarán también algunas consideraciones sobre el resto de los idiomas del país.

El caso del caribe costeño reviste características únicas, algunas de ellas asombrosamente atípicas. Los hechos han sucedido de una forma tan rápida e inesperada que aún nos cuesta

llevar acabo el análisis correspondiente. Todo comenzó con el resurgimiento casi milagroso del idioma chaima, hablado anteriormente en una zona montañosa ubicada en el nororiente venezolano y ya descrito parcialmente por el sabio Alexander von Humboldt (1959: 36-56). A grandes rasgos podemos constatar que el chaima, después de dos siglos de retroceso, llegó a la extinción casi total para fines del siglo XX. Si bien carecemos de una información precisa, algunos miembros de la etnia afirman que sobreviven dos hablantes fluidos, verdaderos herederos del chaima patrimonial. Varios lingüistas hemos intentado dar con el paradero de estas personas privilegiadas, pero hasta ahora no se ha logrado. Sin embargo, los dirigentes más activos del movimiento indígena chaima alegan estar en contacto permanente con ellos, y la prueba tangible consiste en que varios descendientes han podido reaprender el idioma ancestral casi totalmente olvidado, hasta el punto de ser capaces de realizar traducciones muy complejas y redactar libros de lectura para los niños. Hasta ahora, repetimos, no ha habido un verdadero asesoramiento por parte de lingüistas profesionales.

Los que manejan la literatura lingüística colonial de Venezuela tienen conocimiento preciso de algunos materiales importantes sobre el sistema lingüístico que denominamos caribe costeño, en sus variantes chaima y cumanagoto, muy próximos entre sí, es decir, con una diferenciación dialectal que jamás puso en entredicho la inteligibilidad mutua (De Lima, 1970: 147-279). No nos corresponde en la presente información tan sucinta entrar en los múltiples detalles que el caso amerita. Lo pertinente para el fenómeno que consignamos es el hecho de que las comunidades chaima y cumanagoto han venido completando los datos recabados de los hablantes patrimoniales con el material recopilado principalmente en el

siglo XVIII. Por otra parte es muy fácil comprender que todo este cuadro recubre un proceso de rescate y revitalización altamente asistemático, en que las interpretaciones brotan de manera casuística, casi sobre la marcha, conforme van creciendo las necesidades expresivas de los comuneros ansiosos de convertirse en buenos hablantes.

Por un lado es hermoso, hasta inédito, que un conjunto de intelectuales, profesionales y semiprofesionales indígenas de distintas ramas, pero desprovistos de conocimientos lingüísticos propiamente tales, haya logrado resultados tan prometedores, por no decir espectaculares. Creemos sinceramente que esta proeza, tomada inclusive en su singularidad, constituye un indicador seguro y fehaciente acerca de la viabilidad de retomar y aun reconstruir idiomas prácticamente muertos y, como quien dice, enterrados. No obstante, ahora que los propios nativos están reclamándonos, a los lingüistas, la conveniencia de participar y asesorar desde varios flancos esa monumental acción recuperadora tal vez increíble para mucha gente, tendremos que enfrentarnos con una serie de dificultades que juntas constituyen un enorme reto para una lingüística muy impreparada para semejante tarea. Hay que mencionar, en primer lugar, el problema que implica la elaboración de un buen alfabeto y una escritura práctica cada vez más idónea.

Recuérdese que todos los textos escritos en caribe costeño proceden o se inspiran en materiales coloniales, lo que significa que la ortografía es totalmente ajena a cualquier tipo de transcripción lingüística y hasta diferente del español contemporáneo. En su aislamiento, la comunidad chaima-cumanagoto ha emprendido el reaprendizaje de su idioma perdido con una ortografía muy distinta de la que recomendaría un lingüista académico. Lo que es

más delicado, es que se vienen publicando textos prácticos de cierta importancia que también utilizan esa grafía colonial. Ciertamente, los lingüistas comienzan a ser consultados, pero ¿cómo harán ellos para empezar a modificar la escritura cuando ya existen varios textos publicados y la gente se está acostumbrando a esa ortografía muy tradicional? Otro problema lo constituye la necesidad, ya inaplazable, de elaborar una gramática pedagógica de este caribe costeño partiendo de los materiales bastante confusos con que contamos en el cuerpo de datos procedente de la mencionada literatura colonial y catequística. Lo mismo cabe decir sobre la redacción de un diccionario y otros insumos para fortalecer la lengua y cualquier intento de Educación Intercultural Bilingüe.

Una circunstancia curiosísima que merece mención especial en este contexto es el hecho de la extensión geográfica originaria del caribe costeño, que según las pruebas disponibles no sólo abarcaba la zona oriental chaima-cumanagoto sino que llegaba hacia el occidente hasta la Costa Central de Venezuela, algo más allá del emplazamiento de la actual Capital de la República. Ello equivale a la afirmación de que también en el Valle de Caracas se hablaba el caribe costeño, que parece haberse extinguido en ese lugar a comienzos del siglo XIX. Ahora bien, en un momento histórico en que empieza a cobrar mucha relevancia el fuerte componente amerindio que subyace a toda la población venezolana, a su identidad histórica y cultural, la certeza de que el idioma caribe hablado por el Cacique Guaicaipuro y los indígenas que ofrecieron resistencia en ese espacio geográfico a la conquista europea no ha muerto, sino que se viene recuperando de forma espectacular, es un acontecimiento cultural de primera magnitud, cuya influencia ulterior aún no puede ser calibrada y menos aún evaluada en toda su trascendencia.

Otro caso de recuperación lingüística exitosa es el del idioma añú, llamado anteriormente paraujano, del cual se afirmaba hasta hace muy poco que sólo se hablaba en forma muy residual en las orillas de la Laguna de Sinamaica, y había desaparecido totalmente de las costas del Lago de Maracaibo. Recuérdese que el añú está íntimamente emparentado con el wayuu o guajiro, de la familia arawak, lengua materna de tal vez medio millón de personas habitantes de la zona fronteriza colombo-venezolana, aunque se nota cierto retroceso — creemos que fácilmente superable— en las nuevas generaciones, debido principalmente a la urbanización y a la escolarización monolingüe en castellano. Nosotros llegamos a obtener la información de que existía una sola señora muy anciana y enferma —quien efectivamente falleció hace pocos años— que dominaba con fluidez el añú, un idioma prácticamente desahuciado. Esta misma persona llegó a trabajar por largos años con la excelente lingüista e investigadora francesa Marie-France Patte (1989: 7-132), quien posee un caudal de datos sobre el idioma y ha realizado algunas publicaciones de sumo interés para la ciencia y para la comunidad heredera.

Sin embargo, pese a tan nefastos pronósticos, nos vimos recientemente frente a una sorpresa que les dio un nuevo giro muy poderoso a los acontecimientos ulteriores, en los cuales hoy mismo nos encontramos inmersos. Por un lado, el pueblo añú como tal ha despertado de su letargo cultural con un ímpetu imposible de prever y con toda la disposición anímica y vital de luchar por su total recuperación cultural y lingüística, sin por ello rechazar su inserción, en su carácter de ciudadanos venezolanos, dentro de lo que constituye la totalidad poblacional del estado Zulia, uno de los más fuertes y dinámicos del

país. Se trata de un verdadero proceso de interculturación donde la pertenencia a un pueblo indígena va a la par con su articulación armónica dentro de una Nación-Estado como Venezuela, caracterizada por todos los atributos de la contemporaneidad. Esta reafirmación étnica de los añú es tan fuerte que podría realizarse en forma exitosa aun en el supuesto de que hubieran perdido totalmente el lenguaje distintivo.

Pero, a pesar de todo, ello no sucedió. El idioma añú ha sobrevivido. Los propios indígenas e investigadores aliados de La Universidad del Zulia han encontrado otros hablantes y también una cantidad relativamente mayor de semihablantes, algunos de los cuales entendían más el añú de lo que lo podían hablar, pero en todo caso no eran ajenos a su legado lingüístico. Se comenzó un trabajo muy tenaz y cada vez más sistemático de recolección de datos gramaticales y léxicos, además de la grabación y transcripción de textos representativos, tanto de naturaleza coloquial como testimonial de distintas facetas de la oralidad. A esto se suma la feliz existencia de los estudios de la Dra. Patte, quien es además una persona muy colaboradora y dispuesta a intervenir personalmente en la labor revitalizadora, más allá de la puramente investigativa. Últimamente nosotros mismos hemos asumido una serie de responsabilidades con la comunidad de la Laguna de Sinamaica, y podemos decir que nuestro contacto y el consiguiente asesoramiento ya constituyen un hecho definitivo y permanente. Como ocurre en el caso chaima-cumanagoto, también aquí los éxitos son reales, tangibles e irreversibles, ya que una mínima transmisión generacional de las respectivas lenguas está garantizada. Lo que hace mucha falta en ambos casos es la formación de un número bastante mayor de hablantes con

competencia suficiente y, por supuesto, dispuestos a utilizar, defender y propagar su idioma, junto a su legado cultural.

En cuanto al caso del idioma kariña —podría llamársele también caribe “propiamente dicho”— es importante poner el acento en el protagonismo colectivo de las comunidades en cuanto tales. Para esta etnia la recuperación total de su idioma, actualmente en vías de repliegue aunque no propiamente de extinción, constituye un tema fundamental en su desenvolvimiento diario de orden político, social y cultural (cf. VVAA, 2001). No hay reunión intraétnica o interétnica en que los oradores kariña no hagan mención profusa de su batalla por el idioma. Parece que sintieran vergüenza por haber llegado a una situación en que la mayoría de los niños y jóvenes ya no tienen un dominio fluido de su lengua originaria. En algunas comunidades la pérdida ha sido total, pero nunca faltan planes para reimplantar el habla ancestral. Lo aquí dicho es válido principalmente para el Estado Anzoátegui, en el centro-oriente venezolano. Por fortuna hay otro sector kariña más hacia el oriente, en el Estado Bolívar y ya lindando con la República de Guyana, donde el kariña se conserva perfectamente en todas las generaciones, si bien con un matiz dialectal ligeramente distinto. Existe además un número significativo de hablantes en la propia Guyana, en Suriname y en la Guayana Francesa. Aun cuando las variantes dialectales habladas en estos tres países se apartan significativamente de la versión venezolana del idioma, existe un alto grado de intercomprensión entre todos los miembros de la “nación kariña”, la cual insiste cada vez más en su unidad y unicidad. El punto débil del proceso de recuperación de este idioma es su insuficiencia metodológica, ya que hasta ahora el voluntarismo y la retórica se destacan más que los resultados obtenidos en las escuelas y en el seno de los hogares. Es sin embargo nuestra opinión que la enorme motivación presente

en la etnia, junto a un mejor asesoramiento, permitirá prontamente superar con creces dicha limitación.

Los arawak del Río Negro constituyen un conglomerado étnico algo heterogéneo, pero que comparte no obstante un legado histórico-cultural común y una organización social similar, además de permeable a través de los límites interétnicos que definen la subfamilia. Por cierto, no todas las etnias constitutivas presentan el mismo grado de erosión lingüística y cultural. Por ejemplo los kurripako —internamente bastante divididos— exhiben una vitalidad considerable; junto con los piapoco, que moran en una zona contigua. Recuérdese que estamos hablando de la frontera tripartita colombo-venezolano-brasileña. En cambio la etnia yavitero se quedó aparentemente sin representación, mientras que los baré (cf. Pérez de Borgo, 1992) luchan denodadamente por la sobrevivencia cultural y aun lingüística, a pesar de no contar con más de una docena de hablantes y algunos semihablantes. Con todo, los baré de Brasil y Venezuela han desarrollado varios movimientos de revitalización etnolingüística que ya comenzaron a rendir sus frutos. Por otro lado, los baniva y los warekena, quienes conservan la lengua un poco mejor que los baré, progresan con mayor lentitud hacia el mismo objetivo. Valga aquí la inserción del pequeño recordatorio de que fuimos nosotros mismos, ya varias décadas atrás con los Profesores Omar González Nãñez y Rafael López Sanz, quienes creamos los primeros nichos lingüísticos (cf. Mosonyi y González, 1975) —es decir, preescolares familísticos basados en la cultura e idioma propios, y en la transmisión generacional a partir de los ancianos hacia los niños y jóvenes— en la zona baré del extremo suroeste de Venezuela (cf. Pérez, 1988: 413-478). Curiosamente, en esa época todo el mundo se burlaba de nosotros, pero ahora el movimiento revitalizador posee un gran peso cultural y reivindicativo, además de estar

dirigido y orientado por indígenas étnicos, siendo la participación de los asesores científicos y otros aliados de muy bajo perfil. En términos generales los resultados son comparables a los anotados sobre los añú de Sinamaica, pero todavía no tan nítidos como para garantizar desde ahora la transmisión generacional de estas lenguas muy emparentadas entre sí, ya para asegurar su conservación más o menos indefinida, así como un proceso de autodesarrollo sostenible.

La situación del mapoyo y del yavarana, idiomas caribe del sur de Venezuela, vamos a tratarla en conjunto por una razón bien peculiar. Estos dos sistemas lingüísticos han sido considerados tradicionalmente idiomas separados si bien sumamente parecidos. Creemos, sin embargo, que algunas investigaciones recientes como las de Marie-Claude Mattéi-Muller (1975) y nuestra propia percepción de los vocabularios y textos comparados justifican la inclusión del mapoyo y del yavarana en una sola entidad lingüística, vale decir un idioma único con por lo menos dos variantes geográficas bastante marcadas, aunque en modo alguno hasta el extremo de una insuficiente inteligibilidad recíproca (cf. Villalón y Granadillo, 2001). Por el momento el yavarana languidece y el mapoyo está perdiendo sus últimos hablantes relativamente fluidos, pero curiosamente los descendientes inmediatos de estas personas lingüísticamente competentes —comenzando con los maestros de aula y algunos dirigentes locales— han retomado el estudio de su idioma y hasta su práctica cotidiana, de una manera que desafía toda explicación socio-antropolingüística de corte convencional (cf. Boletín Indigenista Venezolano, 1979; Rosales Vera, 1996; Mosonyi E., 2004; Mosonyi J., 2004). Esta iniciativa étnica y local forma parte del mundo aún inexplorado de la etnociencia, que dentro de poco habrá de revolucionar los parámetros de

nuestras ciencias sociales, en términos de una diversidad militante que desafía intentos de homogeneización de una contundencia hasta ahora considerada como inexorable. En efecto, sin exageración alguna podemos afirmar que en Venezuela —y varias otras partes del mundo— los pueblos indígenas más próximos a la desaparición cultural y lingüística han comenzado a retar, incluso con resultados pulcramente demostrables, el pavoroso destino que les tenía reservado la globalización homogeneizante: aquella que tiene en sus miras el desplazamiento y la destrucción total de entidades socioculturales hasta muchísimo más fuertes que las etnias nombradas, demográficamente tan minúsculas que su número oscilaba y aún oscila entre pocos centenares y algunos millares de miembros, y a veces menos. A esto debemos agregar que al valor intrínseco de tales entes socioculturales microscópicos se suman los conocimientos milenarios que comportan sobre sí mismos y el ambiente que los rodea. No en vano, durante los últimos años, en Venezuela, los artículos ganadores en los concursos oficiales de ciencias sociales han estado dedicados a la etnociencia de pequeños pueblos indígenas periamazónicos como los hodi y los piaroa.

III

Nos estamos acercando a las conclusiones preliminares del presente trabajo, que pensamos compartir con la opinión crítica internacional, en cuyo seno hay un sector creciente que se preocupa por el futuro de tantos idiomas vulnerables con que cuenta el mundo actual. Hemos de insistir en que las exploraciones y pronósticos hechos hasta ahora, si bien apuntan hacia la pronta extinción de la gran mayoría de estos sistemas lingüísticos amenazados por un peligro inmediato, están muy lejos de constituir y significar la última

palabra —ultima ratio— respecto del curso de los acontecimientos que conformarán la realidad histórica de lo que viene sucediendo desde que la modernidad les declaró la guerra a las sociedades pequeñas e intermedias, en aras de lograr un solo mundo unificado, culturalmente cada vez más indiferenciado, aun cuando no exento de inmensas contradicciones. En términos mucho más concretos, han sido los propios pequeños pueblos afectados, ejemplificados en este ensayo por las etnias indígenas de Venezuela, quienes aprovecharon los nuevos espacios sociopolíticos que les brindaba la realidad nacional y mundial, para emprender desde la propia base y con la ayuda de aliados convencidos de su causa un arduo pero fructífero trabajo de reconstrucción que saliese al paso de esa suerte de “crónica de una muerte anunciada”.

A los que de una u otra manera somos actores de este proceso, ya no nos cabe la menor duda de que la reversión de la tendencia mundial hacia la extinción de las lenguas y culturas minoritarias es perfectamente posible y viable, al extremo de que se está llevando a cabo con bastante éxito en multitud de casos bien documentados. La incertidumbre se plantearía más bien en el sentido de si ese porcentaje de reversión podría llegar a abarcar la mayoría de los casos críticos o se quedaría en una proporción relativamente modesta. No queremos invocar la futurología para anticipar cifras, mas sabemos a ciencia cierta que la pregunta sigue abierta y que depende muchísimo de nosotros mismos, ante todo de los propios pueblos involucrados, la probabilidad de una solución final enriquecedora o empobrecedora del patrimonio lingüístico-cultural humano. Claro está que mientras la realidad no nos muestre lo contrario, nosotros siempre apostaremos por la factibilidad de

asegurar una supervivencia digna y adecuada para la gran mayoría de las pequeñas y medianas lenguas y culturas, hoy día ciertamente amenazadas (cf. Mosonyi, 1997).

Concluiremos por lo pronto haciendo referencia a ciertos requisitos mínimos que faciliten y potencien un proceso masivo de recuperación y revitalización lingüística, por encima de las adversidades aparentemente negadoras de tal posibilidad. En primer término, tiene que haber una unidad estratégica entre los pueblos involucrados, sus intelectuales y profesionales más comprometidos, y los aliados —igualmente intelectuales y profesionales en la mayoría de los casos— que deberán prestarles un apoyo respetuoso y desinteresado, ajeno a toda clase de diatribas y actitudes impositivas, a veces falsamente protagónicas. Aquí se trata de una gran lucha de la humanidad por la sociodiversidad que no debe ser acaparada por sectores específicos, so pena de malograrla para siempre.

En el terreno de lo práctico necesitamos una clara reorientación de los estudios lingüísticos y antropolingüísticos hacia los objetivos que estamos promoviendo. Las gramáticas y diccionarios deberán tener una intencionalidad cada vez más integral, concreta y pedagógica, a fin de que dichos estudios sirvan de manera creciente a los fines revitalizadores que hoy constituyen la prioridad indeleble. Las comunidades participantes habrán de ser los primeros usuarios y beneficiarios de este conjunto de estudios, en que las etnociencias locales ocuparán un lugar de importancia creciente. Pero también se necesitará obviamente la tecnología contemporánea, para hacer registros, grabaciones, transcripciones de la calidad y cantidad que se requieran, programas computarizados y otros aportes científicos y tecnológicos de costo significativo mas no exorbitante. Es especialmente

urgente la recopilación y transcripción de una muestra verdaderamente representativa de toda la oralidad disponible en la gran diversidad de lenguas amenazadas, a partir de cuyo registro audiovisual pueda obtenerse todo el insumo necesario para generar una recuperación irreversible, capaz incluso de producir nuevas generaciones de hablantes de competencia y desempeño impecables.

Todo este esfuerzo investigativo y metodológico tendrá que entrocarse, por supuesto, con políticas lingüísticas adecuadas de conservación, fortalecimiento y difusión de los idiomas existentes, para darles inclusive la oportunidad para el desarrollo autosostenido con sus propios recursos significativos y expresivos. Exigimos a los organismos internacionales y pedimos igualmente a las instituciones gubernamentales, no gubernamentales y particulares la comprensión de esta gran prioridad que decidirá tal vez para siempre el futuro de uno de los patrimonios fundamentales del género humano: la diversidad lingüística y por ende sociocultural. Además, no es un secreto que de los conocimientos atesorados por estas lenguas hoy minorizadas depende, en parte, la supervivencia del planeta. Dado que las iniciativas fundamentales, al menos en los casos documentados por nosotros, se vienen realizando desde las bases sociales de cada comunidad considerada y en forma claramente descentralizada, los recursos que deberían suministrar las entidades financiadoras de toda índole no serían jamás de una magnitud infinita ni de una complejidad inmanejable. Por ello mismo pedimos una toma urgente de decisiones operativas para alejarnos de toda retórica y meternos de lleno en los procesos revitalizadores, tal como se vienen dando en Venezuela y en el resto del mundo. Terminaremos diciendo que si el idioma internacional Esperanto, sin llegar a constituirse en la lengua-puente para la humanidad que ha querido

ser, continúa teniendo éxito en la formación de millones de hablantes competentes y plenamente dialogantes, además de una pléyade de excelentes escritores y traductores en el mundo entero, no hay ninguna razón válida para que cualquiera de los idiomas amenazados deje de ofrecer resultados comparables a corto y mediano plazo (cf. Forster, 1982).

BIBLIOGRAFÍA

- Boletín Indigenista Venezolano. 1980. Tomo XIX. N° 16. Enero-Junio. Caracas: Dirección de Asuntos Indígenas. Ministerio de Educación.
- De Lima, Salomón. 1970. *Apaicuar*. Caracas: Editorial Arte.
- Forster, Peter. 1982. *The Esperanto Movement*. New York: Mouton Publisher.
- Mattéi-Muller, Marie-Claude. 1975. “Vocabulario básico de la lengua mapoya” En: *Antropológica*. N° 42. p. 57-77. Caracas.
- Mosonyi, Esteban Emilio. 1997. “Nuestros idiomas merecen vivir: el dilema lingüístico del Río Negro” En: *Lenguas Amerindias. Condiciones socio-lingüísticas en Colombia*. Santafé de Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- Mosonyi, Esteban Emilio. 2001. “El idioma español: intérprete conceptual del siglo XXI” En: *Revista Nacional de Cultura*. Año LXII. N° 319. Caracas: CONAC-La Casa de Bello.
- Mosonyi, Esteban Emilio. 2004. “Reflexiones en torno a la epistemología de la ciencia” En: *En la Ciencia. Boletín Multidisciplinario*. N° 14. Caracas: Fundación CENAMEC.
- Mosonyi, Esteban Emilio y Omar González Nájuez. 1975. “Ensayo de educación intercultural en la zona arahuaca del Río Negro (Territorio Federal Amazonas)-Venezuela” En: *Lingüística e indigenismo moderno de América*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Mosonyi, Esteban Emilio, Arelis Barbella y Silvana Caula. 2003. *Situación de las lenguas indígenas en Venezuela*. Caracas: Casa de Las Letras-Casa de Bello.
- Mosonyi, Jorge Carlos. 2004. “Las lenguas autóctonas y la etnocencia en el proceso del desarrollo intercultural” En: *En la Ciencia. Boletín Multidisciplinario*. N° 14. Caracas: Fundación CENAMEC.
- Patte, Marie-France. 1989. “Estudio descriptivo de la lengua añú (o “paraujano”)” En: *Paramillo*. N° 8. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira.
- Pérez, Antonio. 1988. “Los bale (baré)” En: *Los Aborígenes de Venezuela. Etnología Contemporánea*. Vol. III. Caracas: Fundación La Salle-Monte Ávila Editores.

Pérez de Borgo, Luisa Elena. 1992. *Manual Bilingüe de la Lengua Baré*. Puerto Ayacucho: Alcaldía del Territorio Federal Amazonas-Dirección de Cultura.

Rosales Vera, María Alejandra. 1996. *Medicina tradicional de las mujeres wayuu. Sus prácticas curativas (Manual Bilingüe Guajiro-Español)*. Caserío Guarero, Edo. Zulia: Asociación Civil Yanama.

Villalón, María Eugenia y Tania Granadillo. 2001. “Los marcadores de persona de la lengua mapoyo” En: *Publicaciones Arbitradas que presenta María Eugenia Villalón, como requisito para optar a la categoría de Profesora Asociada en el escalafón Universitario*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

VVAA. 1959. *Alejandro de Humboldt por tierras de Venezuela*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza.

VVAA. 2001. *Kariñas*. Caracas: Operadora Cerro Negro, S.A.